

JUAN JOSÉ LINZ, UN MAESTRO ALEMÁN EN ESPAÑA

EMILIO LAMO DE ESPINOSA (1)

España no ha producido grandes científicos sociales; tampoco de los otros, todo es cierto, aunque sí ha producido juristas o filólogos, incluso historiadores, con nivel internacional. Sólo podría mencionar un sociólogo con ese nivel: José Ortega y Gasset, que era sociólogo aparte de muchas otras cosas. Recordemos que *La rebelión de las masas* es (era, al menos) el libro en castellano traducido a más idiomas tras *El Quijote* y los poemas de Federico García Lorca. Y, más recientemente, deberíamos mencionar a Manuel Castells, cuyo prestigio ha crecido enormemente aunque no tenemos todavía perspectiva suficiente para enjuiciarlo. En resumen, hoy podríamos señalar, como mucho, una media docena de sociólogos españoles con nivel internacional, y quizás exagero.

Pero sin duda Juan José Linz era el mejor de todos ellos, quien gozaba de más crédito y prestigio. No en vano había recibido todos los honores y distinciones existentes; los merecía todos. Es de celebrar por ello que el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales haya publicado una suerte de obras completas, *Obras Escogidas* las denomina, cuidadosamente editadas por José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley y revisadas por el propio Linz hasta su fallecimiento. Edición justificada tratándose del sociólogo español de mayor prestigio. ¿Cierto? Bueno, no tanto, pues podemos preguntarnos —como hace José Álvarez Junco en la presentación de esas obras— si Linz era un pensador *español* (e incluso si era sociólogo).

(1) Catedrático de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid y presidente del Real Instituto Elcano.

La pregunta es pertinente e interesante, y me adelanto a responder que si bien Linz era más español que Severo Ochoa, por ejemplo, la verdad es que no lo era mucho, e incluso habría que añadir: por fortuna.

Era español, desde luego, por la temática que le ha obsesionado toda su vida. El fascismo, el totalitarismo/autoritarismo, las transiciones a la democracia y las quiebras de la democracia, los nacionalismos, las identidades duales, los empresarios, las elites políticas. Basta leer los índices de esas *Obras Escogidas* para caer en la cuenta de que Linz ha escrito siempre sobre España directa o indirectamente. Casi podríamos decir que estaba obsesionado con España, aunque habría que añadir inmediatamente: no sobre el «problema de España», como muchos otros de su generación. Al contrario. Pues, frente a la visión «excepcionalista» de nuestra historia (ya sabemos: un país que no había hecho la revolución industrial ni la científica, no tenía burguesía ni empresariado, ni sociedad civil ni nada, un fracaso y un monstruo histórico), Linz ha sido casi el padre de una visión normalizadora, hoy ya frecuente e incluso hegemónica entre los historiadores. Al ubicar a España en un contexto comparado, la resultante es que no somos tan raros, nuestra historia no es tan excepcional y, por lo demás, hay otros que son bastante más raros que nosotros.

Pero si Linz pudo hacer esta tarea normalizadora de nuestra historia es justamente porque, en más de un sentido, su obra no es española y su punto de vista es más bien externo que interno. Y efectivamente, si lo miramos con cierta distancia, sospecho que lo que descubrimos es que Linz era el mejor heredero de la más brillante tradición intelectual alemana del siglo xx, casi un epígono de ella.

Como sabemos, a finales del xix y comienzos del xx floreció en Alemania una generación de intelectuales, científicos y ensayistas sin parangón, que han marcado las vetas centrales del pensamiento del siglo xx. Con la inestimable colaboración, por cierto, del Imperio Austro-Húngaro, es decir, de Viena e incluso de Budapest, colaboración sin las cuales aquella cultura alemana sería impensable. Pues bien, Linz es heredero directo de esa generación en muchos, bastantes sentidos.

Heredero, desde luego, por su saber universal, enciclopédico, sólo comparable al del gran Max Weber, su maestro confesado. Recuerdo el impacto que me produjo mi primer contacto con Linz, una conferencia que le escuché hace muchos años en la Fundación Juan March. En el debate posterior, y no sé bien cómo, salió el tema de la distribución de la tierra en Hungría a finales del xix. Pues bien, Linz lo sabía todo acerca de la aristocracia latifundista húngara, el campesinado, los modos de tenencia de la tierra y las emigraciones campo/ciudad. De los sociólogos que he leído, creo que solo el propio

Weber tenía ese inmenso capital de información histórica disponible en todo momento, un producto, evidentemente, de muchas, muchísimas lecturas.

En aquel debate, Linz exhibió un segundo universalismo, también germánico (y también weberiano): la ciencia social es sintética y requiere la colaboración de la historia, el derecho, la política, la economía, la cultura, el arte, todo es relevante. Hoy, estudiar, leer, ya no se valora, casi nadie lo practica, todo el mundo investiga. Es una pena, pues quien investiga persigue un objetivo menospreciando todo lo demás; es una tarea analítica en la que se mira siempre adelante y no hacia los lados. Quien estudia mira a los lados, ve más cosas pues no tiene un solo objetivo, y por ello es una tarea sintética. Entre estudiar e investigar hay la misma diferencia de quien va al campo a cazar perdices o a dar un paseo. Para el primero solo hay perdices, o nada. Para el segundo hay de todo. Por ello, estudiar es, con mucha frecuencia, el mejor modo de investigar, sobre todo en las ciencias sociales, que, como decía, son sintéticas. Pues los fenómenos sociales no se dejan parcelar y hoy, que asistimos a su parcelación académica, satisface comprobar que Linz manejaba todas las perspectivas sin desdeñar ninguna. Por eso, decir que Linz era sociólogo o politólogo es cercenarlo. Lo era, por supuesto, como era también historiador y algunas cosas más, pues Linz había estudiado en muchas y variadas direcciones. Y la gracia, el valor añadido —que diríamos hoy— está justamente en la síntesis de todas esas perspectivas en una totalidad, en un fenómeno social total.

Herederero de aquella tradición, en tercer lugar, por otro saber, el de los clásicos, lo que le daba no solo amplitud sino profundidad analítica. Como decía Xavier Zubiri, los griegos o los romanos no son nuestros clásicos, nosotros somos griegos y romanos. Y como sociólogos somos el producto de nuestro aprendizaje. En el mismo sentido, Linz era weberiano, pero también parietano y muchas otras cosas como, por ejemplo, mertoniano: recuerdo una conversación con el ya anciano Robert K. Merton en su casa de Nueva York, cerca de la Universidad de Columbia, poco antes de fallecer, en la que mostró su gran admiración por la obra de Linz. Voces que uno oye hablar a través de sus escritos. Si Linz era un clásico en vida, antes de fallecer, era porque había bebido en todos ellos y todos ellos vivían a través suyo. Y en ese mismo sentido todos somos ya un poco Linz, y cada vez que pensamos en regímenes autoritarios o totalitarios es él, de nuevo, quien piensa a través nuestro. Por eso los clásicos nunca mueren, pues forman parte de lo que Émile Durkheim habría llamado «conciencia colectiva» de la disciplina.

Linz era también heredero del destino histórico de aquellos alemanes que acabaron en las universidades americanas, pues iba a seguir esa misma senda que transita desde Berlín o Bonn a Nueva York y Berkeley. Se doctoró

en Columbia, y allí trabajó con los dos *inventores* de los métodos estándar de investigación social, con Paul F. Lazarsfeld y el citado Merton, aprendiendo a usar tanto las encuestas como el *focus group* o la entrevista en profundidad. Una influencia fundamental que, ahora sí, le haría transitar más allá de los alemanes clásicos. Fue el propio Merton quien, siguiendo a Karl Mannheim, y comparando la sociología europea y la americana, señalaba que los europeos dicen cosas interesantes, importantes, muy importantes, pero carecen de apoyo empírico y no sabemos si son ciertas; por el contrario, los americanos dicen cosas ciertas, con sólidos apoyos empíricos, pero usualmente carecen de interés. Pues bien, gracias a la experiencia americana Linz conseguía decir cosas que eran al tiempo importantes y ciertas, sintetizando de nuevo lo mejor de las dos perspectivas de ambos lados del Atlántico, fusionando las palabras con los números, con los datos: nunca olvidó que la ciencia social es una ciencia empírica. Justo lo contrario de no poca sociología actual que, no sólo es falsa, sino también irrelevante.

Herederó de esa tradición, finalmente, por su singular posicionamiento político, pues Linz era, si se me permite la expresión, un hombre de las *terceras vías*. El «corto siglo xx», el que va desde la Gran Guerra y la Gran Esperanza comunista a la caída del muro en 1989 fue, en Europa, un periodo de dura confrontación izquierda-derecha, primero alrededor de la revolución social y, tras la Segunda Guerra, en el eje este-oeste de la Guerra Fría. Aquella tensión política esencial se transformó, en el plano del pensamiento, en una tensión, casi constituyente, entre marxismo y anti-marxismo, que iba a marginar a las *terceras vías*, a quienes no militaban ni con los Unos ni con los Otros, ni en el marxismo ni en el anti-marxismo. El propio Weber sufrió de ello, de un largo periodo de ostracismo hasta su redescubrimiento; como también, por ejemplo, su discípulo Mannheim, el llamado «marxista burgués», rechazado por unos por marxista y por otros por burgués. Y entre nosotros, por supuesto, Ortega y Gasset, rechazado por la derecha por ser de izquierdas, y por la izquierda por ser de derechas. Pues bien, Linz no ha sido ni Uno ni Otro, ni marxista ni tampoco anti-marxista. Linz no era ni herederó de los vencedores ni de los vencidos en la Guerra Civil, y fue siempre, en todo caso, un herederó del horror que produce el siglo xx con sus secuelas de violencia, genocidio y guerra.

La figura que se compone a partir de estas notas es un poco la de un «hombre marginal» (como lo llamaría Gunther Remmling), un «intelectual flotante» a lo Alfred Weber/Mannheim, que está siempre dentro y fuera, fronterizo de muchas fronteras, a medias observador y a medias participante. De padre alemán y madre española, se ha movido entre la cultura alemana, la española y la americana, en un cruce/frontera de disciplinas, lenguas y países, ayudado

por el dato de que leía y manejaba español, francés, inglés, alemán e italiano. Y es esa mirada amplia la que, al generalizar el «excepcionalismo» español, lo anula en una diversidad de vías y procesos modernizadores.

Hay algo, sin embargo, en lo que Linz no sigue a sus maestros lejanos, los alemanes, y sí a los próximos, los americanos, pues fue lo contrario de un altivo *Herr Professor*. Linz era un hombre de una sorprendente humildad y sencillez. Un hombre que escuchaba siempre con interés, sin duda porque su curiosidad intelectual era omnívora; jamás se aburría, decía de él Francisco Murillo. Sencillez que le lleva a no estar jamás satisfecho de lo que escribe y a revisarlo todo una y otra vez, incluso para estas casi póstumas *Obras Escogidas*. Lo que se traduce en un notable grado de rigor y seriedad intelectual, aunada a una inmensa capacidad de trabajo (esta sí germánica), aunque nacida, no de la ansiedad o de la angustia, y menos del deber o de la culpa (pienso, de nuevo, en Weber), sino del goce, del disfrute intelectual. Si a ello añadimos su simpatía, las *good vibrations* que transmitía, su serenidad, daba gusto estar con él y charlar, de lo que se han aprovechado hasta la extenuación sus numerosos discípulos, que han agotado su casi total disponibilidad, permitiendo que la joven generación de Sociología Política española se alzara, ciertamente, a hombros de un gigante.

También de ello nos aprovechamos nosotros en el Real Instituto Elcano. Linz fue patrono desde su fundación, en 2001. Nunca llegó a visitarlo pues ya no podía volar, pero nos aconsejó en numerosas ocasiones. Otro motivo de reconocimiento, pues Linz fue parte y animador de numerosas iniciativas cívicas como ésta del primer *think tank* español.

Su muerte me produce una gran tristeza. Pues con él siento que muere también un poco la vieja universidad que tanto amé, la figura del viejo sabio profesor que tanto respeté. Tareas a las que dediqué quizás lo mejor de mi propia ilusión y esperanza, dicho hoy que veo todo ello con desilusión y desesperanza, producto, espero, más de la edad que del realismo.